

Reflexiones sobre la intervención social con varias generaciones familiares desde la mirada sistémica

* por Lourdes Fernández Gonzalez

Palabras clave: Sistémica, Trabajo Social, Familia, Generaciones familiares.

Desde el inicio de mi práctica como Trabajadora Social en el ámbito de la vivienda (intervención familiar, grupal y comunitaria) me interesé por la mirada sistémica. Esta propuesta me ha ayudado a lo largo de los años de desarrollo profesional. Además de la formación académica en la Universidad y otras entidades de aprendizaje, mi interés ha ido creciendo y enriqueciéndose con otras formaciones más específicas del ámbito terapéutico. Estas instancias me han llevado, últimamente, a acercarme al Trabajo Social Clínico como un importante ámbito de desarrollo desde los inicios de la profesión y que en los últimos años está tomando fuerza, reconociendo y dándole un lugar en la práctica profesional.

Centrándome en la mirada sistémica, que desde hace años aplico en mi desempeño profesional, cabe comenzar por unas pinceladas de su origen y objetivos. La Teoría General de Sistemas, enunciada por el biólogo y filósofo Karl Ludwig von Bertalanffy, supone entender la familia como una entidad con límites y partes relacionadas e interdependientes, donde el cambio que afecta a una de esas partes tiene efectos sobre las demás.

Desde esta mirada se plantea analizar los sistemas a los que pertenece una persona para identificar y diagnosticar las relaciones y comprender su conducta. Este enfoque entiende al individuo como parte de un grupo, en lugar de hacerlo de forma aislada, buscando comprender los aprendizajes sociales obtenidos y la manera en que interactúa con las personas que lo rodean. Aplicado al ámbito familiar, también se abordan los roles de los miembros de la unidad familiar y sus dinámicas respecto al resto de personas del grupo. Cada familia establece mecanismos de funcionamiento concretos: límites, reglas y pautas que fijan la jerarquía y los límites de cada uno de sus miembros. Los problemas que pueden surgir en un sistema familiar derivan precisamente del conflicto entre los límites de sus miembros, algo que puede ocurrir de forma puntual o reiterada, ocasionando desequilibrios en el grupo y en los propios individuos. El objetivo sería determinar y comprender el tipo de sistema en que se encuentra la persona, lo que ayuda a encontrar el origen de los problemas y motivar los

cambios necesarios para su resolución. Desde esta mirada, se aboga por un cambio en la estructura del sistema, más que en cambios a nivel individual que pueden no tener efecto sobre el conjunto de forma duradera. Si se logra que todos los miembros del sistema entiendan el origen de sus problemas y se comprometen a realizar cambios en su conducta el resultado será más beneficioso a largo plazo.

Algunas de las técnicas y herramientas con las que se trabaja desde la mirada sistémica son: *mapa familiar*, para determinar las interconexiones entre los miembros; *preguntas indagatorias*, donde se pide a los miembros que definan sus posiciones y cómo observan a los demás; *técnica de la pregunta milagro*, donde se les pide que expresen cómo sería su vida si el problema desapareciera o que expresen situaciones que consideran positivas; *preguntas circulares*, para conocer a un miembro de la familia a través de otro; *técnica de la redefinición positiva del síntoma-problema*, para que los miembros de la familia interpreten los hechos de una forma diferente a la que lo hacen, poniendo en cuestión la estructura establecida del sistema.

En este marco, a lo largo de la intervención se observan los patrones de conducta de unos miembros de la familia con otros, estimulando la comprensión de estas dinámicas y cómo afectan a los demás. Así, se busca que cada uno asuma que es parte responsable del conflicto. De esta manera, la familia constituye nuestro núcleo de relación y nuestro sistema de origen, en el sentido de pertenencia.

A lo largo de la vida podemos pertenecer a diversos sistemas: colegio, grupo de amistad, asociaciones, trabajos, equipos deportivos, comunidad religiosas, etc. Estos sistemas, digamos *secundarios*, son sistemas que elegimos; o, en cualquier caso, de los que podemos dejar de pertenecer y, sobre todo, de los que podemos salir por propia voluntad.

De nuestras familias, nuestro sistema de origen, no podemos dejar de pertenecer, aunque así lo quisiéramos: por más que nos alejamos en distancia física o falta de contacto, siempre perteneceremos a este sistema; nuestros padres siempre serán nuestros padres y nuestros hijos siempre serán nuestros hijos.

Desde la propuesta de Bert Hellinger (reconocido terapeuta alemán), además de la familia directa, puede haber más personas que pertenezcan a nuestro sistema familiar: estas pueden ser parejas anteriores, hijos abortados o algunas personas que con sus decisiones influyen en los destinos de algún miembro de la familia, y por tanto en la familia como sistema. Hellinger también habla de los “excluidos en los sistemas” y de su derecho de pertenencia; es decir, de reconocerlos como miembros “con derecho” a pertenecer al sistema, comenzando por “mirarlos”, honrarlos y darles su lugar en la familia. Como ejemplos, tenemos la pareja

anterior de mamá o papá que con su decisión de “irse” dejó lugar para que llegará mamá o papá, para que se hicieran pareja y tuvieran sus hijos, y para crear su propio sistema familiar; el soldado que muere en la guerra y el padre o madre salva su vida y puede continuar viviendo y tener pareja e hijos, gracias al que murió en su lugar; el bebé abortado que después de él se buscó un nuevo embarazo del que nació un niño o niña que en un futuro formará su propia familia; el médico que salvó la vida de algún miembro de la familia; etc.

Como se mencionó, cada sistema familiar se rige por unas normas o reglas. Hellinger llama a eso la *conciencia familiar*. Inconscientemente, los miembros de cada familia son leales a esta conciencia y actúan conforme a ella: para no sentirse excluidos del grupo, se acata y se reproduce en las forma de relacionarse con los demás. Todos tenemos en nuestra familia formas concretas de hacer las cosas, relacionarnos, tomarnos la vida de una forma u otra, reaccionar ante situaciones concretas, etc.

Como mencioné, llevo más de diez años interviniendo en viviendas de alquiler de la J.A., las conocidas como “viviendas sociales”. Aquí, muchos de los inquilinos llevan más de treinta años residiendo. En muchos casos, los hijos de los primeros titulares del arrendamiento continúan residiendo en la zona, e incluso en este tipo de viviendas. Algunos continúan en la casa de sus padres hasta que estos fallecen; a su vez, sus hijos repiten este patrón. Por ende, en muchos casos la intervención con la familia es a nivel intergeneracional, desde abuelos hasta nietos o bisnietos. Esto se produce dado que son familias donde la paternidad comienza a edades tempranas y que presentan características similares: alta tasa de desempleo y baja cualificación profesional, abandono de estudios, trabajos inestables y con baja remuneración, dependencia institucional principalmente de prestaciones económicas, etc.

Con compañeras que intervienen con las mismas familias desde otras instituciones hemos comentado este hecho de intervenir con la primera generación (padres), con la segunda (hijos), con la tercera (nietos), y cómo se repiten las situaciones y problemáticas. En muchos casos vemos cómo distintas generaciones tienen vidas parecidas, reproduciendo patrones y características similares, aunque exista la posibilidad de mejorar en alguna generación: pobreza, marginación, paternidad temprana, relaciones tóxicas, dependencia institucional, escasa cualificación y formación. Desde la práctica del Trabajo Social, es relativamente común que esto se dé, que se comience interviniendo con la abuela, después con la hija y más tarde con la nieta, a medida que crecen y se vuelven adultas.

Ejemplo real: comienza intervención con una abuela que fué madre muy joven, que se separa pronto del padre, con poca cualificación; con dificultad de acceso a un trabajo estable

remunerado, con dificultad para tener vivienda y acceso a recursos económicos suficientes para manutención; sufre dependencia institucional, con mala relación con su hija adolescente. Posteriormente, su hija repite patrones: es madre joven sin convivir con el padre de su hija, escasa cualificación y recursos; acaba viviendo con su madre; establece una mala relación con su hija al crecer, mientras que nieta y abuela tienen buena relación y comunicación. Esta nieta se queda embarazada muy joven, repite circunstancias y mala relación con su madre y buena con su hija...

La intervención a medio y largo plazo con estas familias me hace reflexionar sobre esta mirada sistémica y la continuación o “perpetración” de pautas similares en generaciones posteriores. De aquí mi interés por escribir sobre esto desde mi experiencia profesional y formativa a modo de reflexión, aprendizaje. Espero sea posible encontrar pistas o claves que avancen en la intervención familiar en estos ámbitos, con otra perspectiva, en los retos que supone nuestra práctica profesional, llevándonos a ser más conscientes, respetuosas e inclusivas, y que nos ayude a “comprender” muchas situaciones/problemáticas.

En esta reflexión me pregunto si mi interés se genera por la frustración de no poder proporcionar claves que ayuden a estas familias a realizar cambios en sus vidas y mejorar su situación, lo que supondría superar a sus padres o generaciones anteriores, accediendo a una vida mejor.

Como Trabajadora Social es un gran reto. Los avances y mejoras en las familias con las que intervenimos supone un importante esfuerzo personal y profesional, sumando un granito más en la mejora de sus condiciones de vida y en nuestra sociedad en general.

Soy consciente que estos ámbitos y familias socialmente complejas precisan de un mayor abordaje estructural de las administraciones del Estado (regionales y locales). El Trabajo Social, como posible motor de cambio, que aplica la normativa y recursos que se dotan desde las administraciones, se rige por todo esto. Sin embargo, a nivel de cada profesional siempre podemos hacer algo más: desde la escucha, el diagnóstico, la atención personalizada, la búsqueda y la coordinación de recursos... y, por qué no, desde nuestras propias inquietudes personales, donde nuestra perspectiva y recursos personales y profesionales también se ponen al servicio del otro.